

Carta del Editor

En esta ocasión, esta carta tiene como objetivo, además de dar cumplida cuenta de los artículos que se presentan, noticiar los cambios del Consejo Directivo que incluyen la renovación de la presidencia de la Academia.

En la Parte I de la Revista contamos con tres artículos, que fueron todos ellos objeto de presentación en el VIII Encuentro Científico de El Burgo de Osma. Javier Bonastre Pina, en su primera colaboración en *Papeles* relata los objetivos, metodología, desarrollos y conclusiones obtenidos durante la redacción de su tesis doctoral sobre las masías de la comarca de El Camp de Túria en la provincia de València; el título de la tesis «Arquitecturas rurales y paisaje antrópico» es elocuente sobre la intencionalidad del trabajo, en el que Bonastre ha tenido que recurrir a técnicas de análisis inicialmente ajenas a la caracterización de la arquitectura para comprender las relaciones, podríamos denominar, holísticas que se producían entre todos los componentes humanos, materiales y productivos de las masías en el período estudiado.

Los dos artículos que continúan responden a una amplia iniciativa «de encargo» que los coordinadores del VIII Encuentro formularon a varios académicos y que ha cristalizado en las reflexiones de Julián Esteban Chapapría y Ricardo Sicluna Lletget sobre la situación del patrimonio en el País Valenciano y en la de Antoni González Moreno-Navarro sobre la exorestauración de la casa Vicens. Ambas reflexiones, de corte muy diferente, convergen en la descripción de un momento, el actual, en el que los valores disciplinares, de restauración y de tutela sobre el patrimonio monumental, o bien no se tienen en cuenta, se obvian por la aplicación de sistemas de actuación de imposible compatibilidad con la práctica restauradora, o bien se desprecian por considerarlos ajenos a los actuales comportamientos sociales. Esteban y Sicluna dicen que no enfocan su análisis en discernir si estamos ante lo que podía llamarse un fin de ciclo corto, lo que nos permitiría mantener la esperanza de que algo

nuevo está llegando; tampoco en pensar si se trata del fin de un ciclo largo que comenzó con lo que los autores identifican con la «moderna conservación del patrimonio» en la que los arquitectos han jugado un papel decisivo al actuar como mediadores entre la sociedad y la arquitectura histórica; sino que lo hacen en discernir como la aparición de nuevos conceptos patrimoniales como el paisaje, el medio ambiente y sobre todo el patrimonio inmaterial, al que califican de memoria parcial, sectorial o grupal, no solo reclaman nuevas políticas públicas para su tratamiento sino que han convertido en ineficaces las hasta ahora reconocidas como útiles políticas de conservación de los monumentos. Y desde esa reflexión piden la reacción de la Academia en el estricto cumplimiento de sus objetivos.

A una conclusión parecida llega Antoni González a cuenta de su análisis de la intervención de exorestauración a la que ha sido sometida la Casa Vicens, «tercer gran momento» de la vida del edificio, en palabras de los autores de la intervención de 2017. De los tres grandes momentos, González solo reconoce el primero, que es el de su creación por Antoni Gaudí entre 1880 y 1889. Tras una equilibrada contextualización de la obra de Gaudí en su tiempo histórico en la que ciñe al periodo ochocentista su obra revolucionaria y precursora, González describe los valores de la Casa Vicens: la inteligente ubicación del edificio en el pequeño solar, la genial utilización de unos escuetos recursos materiales que no impiden la construcción de complejos volúmenes y una disposición funcional que superaba los habituales pasillos de distribución. Continúa explicando la imposible ampliación mimética a la que es sometida la Casa Vicens en 1925, que no duda en calificar, en un divertido ejercicio de cinismo literario, de «auténtico falso histórico». El falso «tercer gran momento» es el que González califica de exorestauración, es decir de restauración ajena a las buenas prácticas de la restauración monumental, prácticas que considera suficientemente descritas y difundidas como para aducir su desconocimiento. Y ahí comienzan las preocupaciones más trascendentes y recurrentes del autor que, de nuevo, mira a la Academia como ya lo había hecho en anteriores ocasiones exigiéndole no soluciones, que probablemente no existan o no estén a su alcance, sino la pública expresión de aquello que entendemos por restauración monumental, incompatible con las intervenciones llevadas a cabo en la Casa Vicens, en Matrera, en Borja...

La segunda parte de la Revista comienza con una pormenorizada Crónica del Encuentro Científico de El Burgo de Osma a cargo de sus coordinadores, Marco Antonio Garcés Desmaison y José Francisco Yusta Bonilla, que permite con gran acierto recordar qué se dijo y cómo se dijo.

La restauración de la fachada de la iglesia de San Pablo en Valladolid, permite a Eduardo González Fraile y a José Ramón Sola Alonso, reflexionar en el preámbulo de su artículo sobre el hecho contemporáneo de que la arquitectura que se produce o incluso la que se restaura ha perdido la forzosa integración de los saberes arquitectónicos en el proyecto, prefiriendo los autores la moda o la aparente innovación; esta reflexión inicial nos conecta automáticamente con los artículos de Esteban y Sicluna y de González, lo que indica cómo las reflexiones de la Academia, con sus matices, convergen sobre planteamientos semejantes. Superada la introducción, los autores proponen un brillante ejercicio de evolución de la iglesia de San Pablo, en el que son atendidos los valores del lugar, de la materialidad, de la tipología y de las referencias compositivas, de la funcionalidad, de la percepción y del rol urbano del templo e incluso de las circunstancias históricas que le han afectado, para concluir que la arquitectura se reinventa sobre sí misma, innova sobre su propia cultura, sobre sus sustratos de conocimiento y de sensibilidad inmanentes y permanentes y, por todo ello, para intervenir sobre ella se requiere de unos conocimientos que atiendan a la integración de los distintos saberes arquitectónicos. En la buena arquitectura, concluyen, todas las razones son la misma y convergen y convienen a todos los requerimientos.

Alfred Pastor Mongrell revisita la restauración de las cubiertas de la capilla de Santa Ágata que dirigió al inicio de la década de los noventa del siglo pasado y vuelve a poner de manifiesto la necesidad de conocer la evolución del artefacto arquitectónico, pues su intervención se debió al agotamiento de la consolidación que había realizado Elies Rogent a mediados del siglo XIX. La intervención de Pastor es contundente respecto al tratamiento de la cubierta, y opta por conservar la decoración interior de carácter neo-medieval que aplicó Rogent a la viguería y tablazón de la cubierta.

En el marco de las actuaciones derivadas del plan director del Monasterio de Santa María de Poblet, Jordi Portal Liaño reflexiona sobre los motivos de degradación del claustro mayor del Monasterio, ocasionados, tras los estudios

materiales e históricos realizados, tanto por la degradación del material pétreo como por el desmontaje de la galería superior del claustro tras la desamortización del cenobio. La cuidada restauración realizada se plantea de forma íntegra sobre el conjunto del claustro, interviniendo sobre la cubierta-deambulatorio sin optar por la reposición de la galería superior; sobre los andadores inferiores tanto en su aspecto resistente como ornamental; sobre el conjunto de las bóvedas y su decoración y plantea, así mismo, la ordenación del jardín de la luna del claustro.

José Ramón Sola Alonso y Eduardo González Fraile, en su segunda colaboración en este número de *Papeles*, dedicada a la intervención realizada en el almacén II de la dársena de Medina de Río Seco del Canal de Castilla, reflexionan sobre la utilidad e importancia del estudio de los elementos compositivos de la arquitectura industrial para utilizar el concepto de analogía como método para intervenir en ella. Analogía que puede superar los habituales conceptos de exclusiones, diferencias, apariencias y casualidades para incidir en el concepto de la mimesis de la idea por su capacidad de relacionar la forma con el concepto; así la analogía de la idea se convierte en el elemento rector de esta intervención.

¿Quién da más? Noventa años de intervenciones en el Patio Trilingüe de Alcalá de Henares es el título del artículo de José Luis de la Quintana Gordon que narra la azarosa fortuna arquitectónica del Colegio de San Jerónimo desde su desamortización en 1836 hasta la cuidada restauración que Quintana ha llevado a cabo en la que ha estudiado, valorado e incorporado todas las actuaciones precedentes que ha considerado compatibles con los valores iniciales del monumento.

La última colaboración que recoge este número de *Papeles*, cuyo autor es Santiago Varela Botella, se refiere a las actuaciones de emergencia llevadas a cabo en el Castillo de Planes, tras un derrumbe provocado por tres fuertes temporales del invierno 2016-2017. Varela, consciente del carácter acotado de la obra de emergencia en el proceso de restauración del monumento, suple con su detenido estudio y conocimiento del Castillo, las habituales carencias documentales a las que obligan estas actuaciones.

Finalmente damos la bienvenida a la revista a Javier Hidalgo Mora, de quien publicamos su currículum y al que animamos a colaborar.

En la víspera de la celebración del Encuentro Científico de El Burgo de Osma, la asamblea general de la Academia tuvo ocasión de ratificar la reforma de sus estatutos, aprobados en Écija el año anterior, y de elegir un nuevo Consejo Directivo, ahora compuesto por ocho miembros. La única candidatura presentada para la renovación de este órgano, y que resultó elegida, estuvo encabezada por Marco Antonio Garcés Desmaison y compuesta por José Ignacio Casar Pinazo, Julián Esteban Chapapría, Juan Antonio Fernández Naranjo, Mariona Genís Vinyals, Antonio González Moreno-Navarro, Elisa Moliner Cantos, y Francisco Yusta Bonilla, estos dos últimos con los cargos de Tesorera y Secretario, respectivamente.

Cesó así como presidente Julián Esteban Chapapría, que ostentaba la responsabilidad de la Academia desde 2011. A Julián he de agradecerle su constante apoyo a *Papeles*, en su doble vertiente de presidente de la Academia y de autor de numerosas contribuciones. Y al mismo tiempo *Papeles* da su bienvenida a Marco Antonio Garcés Desmaison, quinto presidente de la Academia.

Garcés nos envió una carta en julio de 2018 en la que hizo hincapié en la necesidad de mejorar el intercambio de información entre los miembros de la Academia, toda vez que, según sus palabras, su participación y la propia intensidad de la institución ha disminuido su pulso en los últimos años. Por ello, se ha planteado como primer objetivo reforzar los canales de comunicación internos y hacer más visible a la Academia. Y sobre el papel de esta, recogemos dos de sus párrafos:

Los que presumimos de pertenecer a la Academia, lo hacemos porque en ella se encuentran los mejores y porque creemos que las opiniones más acertadas y rigurosas las vamos a encontrar acudiendo a alguno de nuestros compañeros, como ocurre en algunas ocasiones. Pero esta comunicación no es tan fluida como sería de esperar, ya que no disponemos de los canales adecuados, no hemos actualizado nuestros perfiles, no nos conocemos todos y no sabemos en qué anda cada uno. Uno de nuestros más importantes objetivos deberá ser la mejora de esta comunicación, tanto la interna como la externa.

Más allá de la intendencia, los debates y comunicaciones anuales de la última década, nos indican que algo no va bien en la restauración española. Tanto en lo que

se refiere a las intervenciones sobre el patrimonio, pero también en lo que tiene que ver con la tutela y con la propia idea de conservación. Es tentador relacionar esto con la crisis financiera e inmobiliaria iniciada en 2007, que ha puesto de manifiesto las carencias del sistema, pero que no es suficiente para explicar lo que ha ocurrido en nuestro sector. La banalización del patrimonio.

Recojo aquí parte del diagnóstico que bosquejamos en 2015, con ocasión de una consulta a la Academia, y las aportaciones de la ponencia de El Burgo de Osma, de Esteban y Sicluna. Es precisamente en esta última reunión donde la preocupación, la de González y Santiuste y la de todos los demás, se fundieron con el pesimismo. La acción de las instituciones públicas, las que administran nuestros impuestos, no puede ser más dispersa, insuficiente y obsesionada por el corto plazo, lo que conduce a la falta de rigor. La sociedad, aquella a la que deberían dirigirse nuestros esfuerzos a través de una adecuada recuperación de su memoria, no parece tener claro qué es lo que espera de ni de su patrimonio ni de nosotros. Y nosotros, los técnicos que se supone que entendemos del asunto, estamos cada vez más alejados de los mecanismos de decisión.

Papeles hace votos por un fecundo mandato para Marco Antonio en el que a los innumerables retos habituales de la Academia se unen las fuertes crisis de identidad, de formación, de control... de fin o no de ciclo, que hoy caracterizan a la restauración monumental.

Y de igual forma esperamos que la presencia de dos de nuestros compañeros, Román Fernández-Baca Casares y Javier Rivera Blanco, en puestos de alta responsabilidad en el Gobierno del Estado permitan una notable mejora de la inquietante situación actual.

Y, como siempre, agradezco a la Academia la posibilidad que me brinda de contribuir a la edición de su revista, con la inestimable colaboración de María Antonia Carrasco, y asumo los errores de edición.

José Ignacio Casar Pinazo